



TACARIGUA DE LA LAGUNA, *MARE NOSTRUM*. RASGOS HISTÓRICOS Y GEOGRÁFICOS DE UNA COMUNIDAD DE PESCADORES COMO UN APORTE EDUCATIVO

Sergio Foghin Pillin¹

sfoghin@hotmail.com

Instituto Pedagógico de Caracas,
Universidad Pedagógica Experimental Libertador
<https://orcid.org/0000-0003-3690-8195>

Recibido: 16/04/2020 Aprobado: 18/08/2020

RESUMEN

En 2007, la Universidad Pedagógica Experimental Libertador publicó el libro de Manuel Rafael Gutiérrez *Tacarigua de la Laguna en el Recuerdo. Rasgos biográficos de una comunidad de pescadores (1935-1955)*. Gutiérrez recopila información histórica, geográfica, educativa y cultural referida a la población de Tacarigua de la Laguna (estado Miranda, Venezuela), de la cual era nativo. En el presente artículo se analizan aspectos relacionados con la historia y geografía del citado asentamiento, con el propósito de ampliar algunas situaciones descritas por dicho autor, además de contribuir a divulgar esta importante publicación. Las fuentes históricas y los registros climatológicos revisados, revelan que el manejo tradicional de la boca de la albufera de Tacarigua ha estado condicionado por las situaciones hidrometeorológicas regionales, en las cuales el fenómeno de El Niño ha sido uno de los principales factores. El libro de Gutiérrez reúne un valioso material educativo y constituye una referencia para ulteriores investigaciones.

Palabras claves: Tacarigua de la Laguna; laguna de Tacarigua; estado Miranda; Venezuela; fenómeno de El Niño; geografía local; microhistoria; educación.

TACARIGUA DE LA LAGUNA, MARE NOSTRUM. HISTORICAL AND GEOGRAPHICAL FEATURES OF A FISHING COMMUNITY AS AN EDUCATIONAL CONTRIBUTION

ABSTRACT

In 2007, the Universidad Pedagógica Experimental Libertador published the book by Manuel Rafael Gutiérrez *Tacarigua de la Laguna en el Recuerdo. Biographical features of a fishing community (1935-1955)*. Gutiérrez compiles historical, geographical, educational and cultural information regarding the town of Tacarigua de la Laguna (Miranda state, Venezuela), of which he was a native. In this article, some aspects related to the history and geography of the aforementioned settlement are analyzed, with the purpose of expanding certain situations described by the author, in addition to contributing to the dissemination of this important publication. The historical sources and the revised climatological records reveal that the traditional management of the mouth of the Tacarigua lagoon has been conditioned by regional hydrometeorological situations, in which the El Niño phenomenon has been one of the main factors. Gutiérrez's book brings together valuable educational material and constitutes a reference for further research.

Keywords: Tacarigua de la Laguna; Tacarigua lagoon; Miranda State; Venezuela; El Niño phenomenon; local geography; microhistory; education.

¹ **Sergio Foghin-Pillin.** Profesor de Geografía y Ciencias Sociales, Instituto Pedagógico de Caracas. Magíster en Administración Ambiental, Instituto Universitario Politécnico de las Fuerzas Armadas. Doctor Honoris Causa, UPEL. Docente de Meteorología y Climatología. Investigador activo del Centro de Investigación Estudios del Medio Físico Venezolano (UPEL). Fundador de la *Aula y Ambiente. Revista Ambiental*. **Universidad de adscripción:** Universidad Pedagógica Experimental Libertador, UPEL, Instituto Pedagógico de Caracas.

Introducción

En la historia universal, la expresión latina *Mare Nostrum* hace referencia al dominio naval ejercido por Roma, durante casi diez siglos, sobre la cuenca del mar Mediterráneo, así como a las condiciones políticas y económicas impuestas por aquel imperio. No obstante, otras civilizaciones, en diferentes épocas, desplegaron su influencia sobre vastas extensiones del piélago mundial, de tal manera que *Mare Nostrum* también pudo haber sido, por ejemplo, el Pacífico para los intrépidos navegantes polinesios, mucho antes de que el vasto océano fuese incorporado a la cartografía universal tras el viaje de Magallanes y el avistamiento de Núñez de Balboa, tal como lo señalara Kaldone G. Nweihed (1973).

Sin embargo, la inserción de dicha expresión latina en el título del presente artículo, remite al encabezamiento del XV capítulo de la obra de Manuel Rafael Gutiérrez, *Tacarigua de la Laguna en el recuerdo. Rasgos biográficos de una comunidad de pescadores (1935-1955)* (2007) (1), libro que se comenta en las cuartillas que siguen. Para Gutiérrez, nativo de Tacarigua de la Laguna (estado Miranda), *Mare Nostrum* representa el limitado ámbito marino-costero en el que se asienta su pueblo, surgido en una época imprecisa sobre el cordón litoral de la laguna de Tacarigua, una albufera tropical, ya mencionada por los cronistas de la época colonial, orlada de manglares, con ricas pesquerías que signaron la evolución del poblado y definieron una cultura marcadamente diferenciada de las cercanas poblaciones agrícolas de Barlovento, comarca a la que también pertenece geográficamente Tacarigua de la Laguna.

En el citado capítulo, Gutiérrez relata las penurias por las que atravesaron los pobladores de Tacarigua de la Laguna en 1941, cuando la albufera sufrió el impacto de una severa sequía y la pesca escaseó al punto de producirse una hambruna. Sin embargo, el autor destaca que “aparte de la escasez temporal de peces en la laguna, ésta ha sido una inagotable fuente de recursos (...) para los tacarigües y demás pueblos ribereños” (p. 99). Más adelante, Gutiérrez acota que “los tacarigües tenían en su laguna no sólo la fuente de su alimentación, sino que ésta le servía también como eje comunicacional con los pueblos situados al otro lado” (p. 431). Expresiones en las que aparecen perfectamente delineadas, en el espacio geográfico local, las funciones que Nweihed (1973) conceptuara en el marco global: el mar-recurso, el mar-puente y el mar-puerto.

El sentido de pertenencia de Manuel Rafael Gutiérrez a su terruño, pese al distanciamiento físico impuesto por la transferencia a la capital en su temprana juventud, queda manifiesto cuando expresa: “En el pueblo de Tacarigua están mis raíces tan profundamente hundidas como las del mangle, que sólo en apariencia flota sobre el agua” (p. 18). Pero el término *Mare Nostrum*, en las páginas de Gutiérrez, también habla de geografías, de historias y de culturas locales, a la manera como lo destacara Úslar Pietri (1965, p. 176) al describir los paisajes de la isla de Margarita (estado Nueva Esparta): “Cada pueblo es distinto. Tiene su fisonomía, su leyenda, su oficio, su tradición”.

De fisonomías –paisajísticas y humanas-, de oficios, usanzas, leyendas y tradiciones, precisamente, habla el libro de Gutiérrez, al tiempo que recoge minuciosa información sobre las relaciones que mantenía Tacarigua de la Laguna con los poblados costeros de Anzoátegui, atravesando la boca de la albufera en canoas; con Río Chico, Higuerote y Carenero, cruzando en tren la desembocadura del río Guapo; con La Guaira y con Caracas, por medio de la navegación de cabotaje, en goletas y balandras.

La situación y las condiciones de la educación en Tacarigua, por aquellos años, son objeto de especial atención por Gutiérrez. Recuerda que, “en una población donde el índice de analfabetismo era bastante alto, los estudiantes de cuarto grado eran estimados y considerados como ‘preparados’ por la colectividad” (p. 119). Gutiérrez describe las lecturas que tenían a su alcance los jóvenes quienes, como él, deseaban superarse. Rememora –y hasta describe didácticamente-, los juegos y deportes que se practicaban (p. 299-301, 335). Habla con admiración y afecto de las maestras y maestros que pasaron por la pequeña escuela del pueblo lagunar, a la vez que asienta ponderadas reflexiones sobre la pedagogía de antaño y de hogaño.

Así, el libro de Gutiérrez constituye un enjundioso compendio de información e ideas, de notable valor educativo, que puede inspirar trabajos similares en otros asentamientos y sugerir investigaciones en áreas tan variadas como la ecología, la etnobotánica, la sociología, la geografía física y humana, la microhistoria y el folclore de Tacarigua de la Laguna y poblaciones aledañas.

Partiendo de estas consideraciones, en las páginas que siguen, con base en la revisión de la mencionada obra del profesor Manuel Rafael Gutiérrez y en el examen de fuentes históricas primarias y secundarias, así como de registros climatológicos, se analizan algunos aspectos relevantes relacionados con la

historia y geografía del pueblo de Tacarigua de la Laguna, con el propósito de ampliar algunos temas y elucidar ciertas situaciones descritas por el referido autor, además de contribuir a divulgar esta valiosa publicación de la Universidad Pedagógica Experimental Libertador.

El autor y su libro

Manuel Rafael Gutiérrez nació en 1931 en la citada población costera mirandina y falleció en Caracas en 2007. En 1949 se trasladó a Caracas, donde, al tiempo que ejercía modestos trabajos en diferentes empresas, completó sus estudios de educación primaria y obtuvo el bachillerato. Durante el lapso 1957-1961, mientras cursaba estudios superiores en la Escuela de Artes Plásticas y Artes Aplicadas Cristóbal Rojas, trabajó un tiempo en la Biblioteca Nacional. Tras graduarse de Profesor de Educación Secundaria, en 1962 ejerció la docencia en Carúpano (estado Sucre). Posteriormente fue nombrado Director de la Escuela de Artes Plásticas Carmelo Fernández y profesor del Liceo Arístides Rojas en la capitalidad yaracuyana, donde fundó la revista *Punta Seca* e impulsó la creación de la Casa de la Cultura de San Felipe (Gutiérrez, p. 140).

Años más tarde, en Caracas, ingresó como docente en la Escuela de Artes Cristóbal Rojas y en 1980 se incorporó al Departamento de Arte del Instituto Pedagógico de Caracas (UPEL-IPC), donde se desempeñó como profesor de Historia del Arte.

Al inicio de su libro, Gutiérrez expresa su agradecimiento a numerosos tacarigüeños que fueron sus informantes, así como a varios docentes del Instituto Pedagógico de Caracas, quienes lo apoyaron de una u otra forma en su investigación. Entre ellos, Carlos Suárez Ruiz recuerda: “Siempre sentí que Gutiérrez tenía como un compromiso vital con ese pueblo que lo vio crecer, lo vio irse a la ciudad para educarse y luego lo vio volver para retribuirle todas esas vivencias que moldearon su espíritu” (Comunicación personal, año 2020). Por su parte, Williams Méndez Mata rememora: “El profesor Gutiérrez era un hombre de extrema sencillez, muy afable, muy educado, que transmitía serenidad y demostraba una profunda identificación y arraigo con su pueblo natal”. Méndez Mata agrega: “Gutiérrez se había enterado de nuestros trabajos de campo a la Laguna y de nuestras publicaciones sobre la región. Llegaba a nuestro Departamento cargado de carpetas, con muchos documentos y fotografías, en busca de información especializada” (Comunicación personal, año 2020).

Confirman tales impresiones, por la misma vía, Yolanda Barrientos Chacón y Ana Teresa Iztúriz Moreau, ambas también docentes adscritas al Departamento

de Ciencias de la Tierra del IPC, a la vez que recuerdan las numerosas fotografías que transfirieron de papel a soporte digital, por solicitud del profesor Gutiérrez.

De interés resultan también las remembranzas de Yheresi Méndez, docente del Departamento de Arte del IPC, quien compartió cátedras con Manuel Rafael Gutiérrez: “Era muy acucioso en la selección de materiales y lecturas para sus investigaciones y clases. Sus comentarios profesionales acerca de nuestra área común generaban alta admiración entre sus colegas, también por sus múltiples intereses y fuentes de investigación”. Respecto al trato personal, coincidiendo con los docentes antes citados, Yheresi Méndez recuerda a Gutiérrez como “muy respetuoso y amigable” y agrega que “le agradaban los retos en los que se planteaba la integración entre el arte y la ciencia (Comunicación personal, año 2020).

Lo que significaron los libros para Manuel Rafael Gutiérrez, desde su temprana juventud, puede colegirse de la aserción tocante a sus primeros años en Caracas, cuando se hospedaba en las populares pensiones del centro de la ciudad: “para proteger mi soledad y mis libros, buscaba siempre una pieza individual” (p. 147). En 1958 Gutiérrez comenzó a trabajar en la Biblioteca Nacional “como orientador de lectores” (p. 134). Recuerda que mientras desempeñaba tales funciones, “tenía presente lo mucho que había oído en aquel cenáculo de intelectuales que fue la Librería La Chiquita” (p. 134), ubicada entonces en El Silencio, en la que había trabajado con el propietario, “don Luis Yépez, académico de la Lengua, poeta, periodista [y] presidente de la Asociación de Escritores de Venezuela” (p. 129).

La vasta información recopilada por Gutiérrez desde que inició su investigación en 1998, sirvió de base para la obra publicada por la Universidad Pedagógica Experimental Libertador en 2007, libro de 651 páginas, estructurado en cinco partes y 47 capítulos, que incluye abundante material gráfico y cartográfico entre el cual destaca un plano de Tacarigua de la Laguna, que representa al poblado como lo conociera Gutiérrez en su infancia y adolescencia.

Las múltiples notas de pie de página con las que el autor identifica las referencias consultadas, así como las numerosas citas y transcripciones textuales, acreditan un amplio -casi exhaustivo, podría decirse- arqueo de fuentes, las cuales incluyen libros y publicaciones periódicas de diferentes épocas y variadas áreas del conocimiento.

Su sensibilidad como artista plástico, unida a sus lecturas juveniles de obras clásicas de la literatura universal, muchas citadas en el libro, se reflejan en un discurso transgenérico, en el cual aparecen párrafos contentivos de notables tropos. En uno de ellos describe un atardecer contemplado en medio de la Laguna: “aún era de día, el sol agonizaba detrás del ámbito lacustre, era como un gigante herido que lanzaba puñados de sangre a la bóveda celeste. A medida que descendía, parecía cubrirse con el manto verde de los manglares” (p. 60).

En este original libro, la presencia de dos epílogos habla de vacilaciones, quizá de ansiedades, durante su discontinua redacción. La *coda*, inserta al final de la obra, pareciera sustentar estas impresiones: “Me siento aliviado de haber dejado por escrito estos recuerdos de mi niñez y adolescencia en Tacarigua (...) Recuerdos que me perseguían y que había llevado a cuestas durante muchos años” (p. 636).

Empero, a lo largo de las numerosas páginas no faltan pasajes jocosos, algunos relacionados con las simples diversiones en la Tacarigua de la Laguna de la década de 1940, como un pequeño circo que solía visitar el pueblo por aquellos años, llamado por los lugareños “El Circo de la Mocha”, porque, dice Gutiérrez (p. 67-68), “a la bailarina estrella le faltaba un brazo (...) era una mujer agraciada y de relevante presencia (...) cuando evoco su figura me recuerda a la Venus de Milo”. En otro pasaje menciona a Antonio Gutiérrez, su abuelo materno, viejo pescador de Tacarigua que conocía a cabalidad el oficio: “Antonio Acure, como lo llamaban en voz baja algunos tacarigüeños” (p. 251).

En su extenso trabajo, Manuel Rafael Gutiérrez comenta una amplia variedad de temas relacionados con el poblado lagunar donde nació y vivió por casi veinte años. Describe pormenorizadamente la estructura urbana de Tacarigua de la Laguna y refuta aseveraciones desacertadas sobre este aspecto. El autor recuerda así mismo la señorial ciudad de Río Chico, el ferrocarril de Carenero a El Guapo y los poblados localizados sobre la ribera sur de la albufera, con los cuales Tacarigua mantenía intercambio comercial. La copiosa información recogida en sus páginas se basa en sus propios recuerdos y en entrevistas a tacarigüeños de varias generaciones, además de la extensa investigación bibliográfica y hemerográfica que ya se ha señalado.

Igualmente merece destacarse el conjunto de 91 fotografías, la mayoría del autor, de gran valor para ilustrar algunos importantes cambios experimentados por su pueblo, desde mediados del siglo pasado hasta los primeros años del

presente, así como para preservar la memoria de muchos habitantes de la Tacarigua de entonces, practicantes y cultores de diversos oficios y artes, a fin de “que sus nombres no caigan en el olvido” (Gutiérrez, p. 233).

Cabe resaltar, por último, la excelente diagramación e impresión de este libro, así como el acierto de los editores al reproducir en la carátula un segmento del referido plano de Tacarigua de la Laguna, por cuanto dicho documento representa y sintetiza, inmejorablemente, la dedicación y la minuciosidad investigativa que desplegó el autor en la realización de su obra.

Binomio geográfico: laguna de Tacarigua y Tacarigua de la Laguna

La laguna de Tacarigua es un accidente fisiográfico que interrumpe la regularidad del borde litoral del estado Miranda y se extiende aproximadamente entre las desembocaduras del río Guapo, al noroeste, y del río Cúpira, al sureste, con una longitud aproximada de 28 kilómetros y unos cinco de anchura máxima de norte a sur. Las coordenadas limítrofes son 10°12'30"-10°19'41" de latitud norte y 65°41'23"-65°56'55" de longitud oeste (Méndez, Suárez e Iztúriz, 1998). El área estimada de este humedal costero, de ambiente estuarino, es de 125 kilómetros cuadrados, los cuales forman parte del parque nacional Laguna de Tacarigua, creado en 1974 y declarado Área Ramsar en 1998 (Rodríguez, 1999).

Por su origen y dinámica hidráulica, la laguna de Tacarigua responde al concepto de albufera o laguna litoral, es decir, un cuerpo de agua costero, de poca profundidad, separado del mar por una franja alargada y estrecha de sedimentos arenosos, que se conoce como cordón litoral o restinga, en comunicación intermitente con el mar a través de una o varias bocas, también denominadas graos, que interrumpen la continuidad del cordón (Figuras 1 y 5).



Figura 1. Panorámica de la boca o grao de la laguna de Tacarigua, vista desde su ribera occidental. Al fondo, más allá del cordón arenoso, se observan las olas rompientes, identificadas como cachones en los mapas topográficos. (Fotografía: Williams Méndez Mata, 22 de febrero de 2013).

Estas lagunas pueden presentar acusadas variaciones temporales de salinidad, de acuerdo con el balance que se establece entre el flujo y el reflujó de las aguas marinas debido al oleaje y a las corrientes de marea, así como a la afluencia de agua dulce aportada por los cursos fluviales que pueden desembocar en las albuferas, aportes a su vez relacionados con los regímenes pluviosos y otros aspectos climáticos imperantes en las cuencas de los afluentes (Gutiérrez, 2007; Malaver, Rodríguez, Montero, Aguilar y Salas, 2014; Méndez, Suárez e Iztúriz, 1998; Suárez, 2016; Vila, 1960).

En su libro Gutiérrez asienta pocas observaciones sobre el comportamiento de los elementos climatológicos en el área de la laguna de Tacarigua. Señala, sin embargo, que “los inviernos en Tacarigua eran generalmente muy fuertes” (p. 45) y evoca el temor que le causaban en su infancia las tormentas nocturnas: “Desde tempranas horas de la noche, la persistencia del (...) relámpago acompañado de truenos lejanos, presagiaba que se avecinaba una tormenta con su aguacero, su fuerte viento, sus truenos y centellas. Eran los temidos nortes” (p. 46).

El autor no especifica cuál pico pluvioso mensual correspondía, en aquella región mirandina, a las lluvias llamadas nortes, aunque est e término en la zona septentrional de Venezuela se aplica generalmente a las precipitaciones que se presentan hacia fines y comienzos del año (Codazzi, 1940, p. 55). Con base en

información oral recabada en la región de Barlovento, González (1987, p. 37) anota que “en noviembre, diciembre, enero, febrero y mitad de marzo, caen las lluvias denominadas Nortes, fuertes y seguras”.

En el caso de la estación pluviométrica de Tacarigua de la Laguna, con un monto anual medio de lluvia cercano a 1.170 milímetros, tras un pico secundario en agosto -correspondiente al período usualmente denominado invierno- en octubre se produce el máximo pluviométrico medio anual (Landaeta, 2014), mes que, junto con septiembre, en gran parte del territorio venezolano presenta también la mayor frecuencia media de tormentas, razón por la cual Goldbrunner (1984, p. 5) denominó ese bimestre como “alto invierno tormentoso”. Debido a las características de los procesos convectivos que las generan, estas tempestades frecuentemente ocurren durante la noche.

Gutiérrez (p. 47) rememora que tras las tormentas nocturnas, “por la mañana el cielo estaba sereno, lucía un sol magnífico y (...) la tormenta sólo era un mal recuerdo, tal vez una noticia sobre una mata de coco chamuscada por el rayo”. No obstante, tales tormentas eléctricas podían también ocasionar accidentes fatales, como lo apunta el mismo Gutiérrez cuando recuerda el fallecimiento por fulguración de José Heriberto Uriepero, quien al encontrarse pescando fue sorprendido por una tormenta y “buscó refugio debajo de los cocales” (p. 626). No informa el autor la fecha de este hecho, pero en varias ocasiones y en diferentes regiones venezolanas, se han registrado accidentes similares durante los meses del alto invierno tormentoso (Luengo, 2010; Noriega, 2010).

Las características ecológicas de la laguna de Tacarigua y de sus tierras ribereñas, condicionadas por factores oceanográficos, hidrográficos, geomorfológicos, climatológicos y biológicos, a lo largo de siglos de ocupación humana de estos espacios, generaron una particular dinámica geográfica local, centrada en las variaciones estacionales de los niveles de la laguna, los cuales facilitaban o dificultaban las comunicaciones con otros centros poblados barloventeños e incidían en la mayor o menor abundancia de recursos pesqueros, cuyo aprovechamiento siempre ha constituido la base de la sustentación y de la economía de los pobladores de Tacarigua de la Laguna. Estas condiciones probablemente se vinculan con los orígenes mismos del asentamiento, como lo apunta Gutiérrez (p. 271).

Gutiérrez recalca la importancia que tenía para los tacarigüeños el intercambio comercial con los poblados localizados hacia la ribera meridional de la albufera,

desde donde eran transportados, atravesando la laguna, muchos productos agrícolas y artesanales que no se cultivaban o elaboraban en Tacarigua. Asentamientos ribereños como Las Lapas, Cañaverál, Santa Cruz, San Ignacio, Chaguaramal, Cúpira y Santa Bárbara, entre otros, enviaban a Tacarigua variadas frutas y verduras, así como “palma de agua o de corozo para cobijar las viviendas y escándulas, especie de tejuelas de cedro” usadas para el mismo fin. “También se traía madera para la estructura de las casas de bahareque” y “objetos artesanales, como pilones para pilar maíz y sal en grano, bateas para lavar la ropa, piedras de moler, botes y canaletes”; igualmente “por vía lagunar llegaba a Tacarigua el papelón” (p. 432).

Por su riqueza pesquera, en el borde meridional de la laguna también solían establecer sus asentamientos temporales –denominados rancherías– algunos pescadores tacarigüenos: “los sitios más frecuentados eran Machiques, Las Cruces, Cayena, Puerto Lakre, Chichirimaya (...) Marapatá, Tucurebe, Puerto Viejo, Puerto Escondido, etc.” (Gutiérrez, p. 590). Topónimos de clara resonancia aborigen algunos, de seguro interés geohistórico muchos, no todos se han conservado, como es el caso de Puerto Viejo, localizado hacia el sector suroriental de la laguna, detrás de una franja de manglares (Dirección de Cartografía Nacional, 1974), testimonio del indetenible proceso de sedimentación (Bezada, 2010; Sequera, 1976), el cual obliga a abandonar viejos embarcaderos a medida que el manglar gana terreno, tal como lo observó Gutiérrez (p. 404): “en la propia Laguna, el manglar forma islas que lentamente van copando los espacios abiertos, formando densos bosques” (Figura 2). Estos espacios abiertos de la laguna eran llamados por los pescadores ensenadas o placeres (Gutiérrez, p. 618). Algunas de estas denominaciones, como El Placer, extensión acuática abierta que conforma la porción centro-occidental de la albufera, han quedado registrados en la toponimia lagunar (Malaver *et al*, 2014, p. 121).

Lentos cambios en su forma natural (Bezada, 2012), de difícil percepción en el lapso de una vida humana, que podrían llevar a conclusiones como la que asentó Manuel Rafael Gutiérrez al visitar la Laguna, luego de años de ausencia: “Tanto el mar como la Laguna parecen ser los mismos que he contemplado desde mi infancia. Este pensamiento me consuela” (p. 22). Transformaciones, sin embargo, que suelen acelerarse notoriamente con la intervención humana, como ocurrió tras la derivación del río Guapo hacia la albufera, en 1963, obra que en poco más de dos décadas ocasionó la formación de un delta de 1,3 kilómetros cuadrados, en el margen suroccidental de la laguna de Tacarigua (Méndez, Suárez e Iztúriz, 1998).



Figura 2. Pequeño embarcadero rodeado por el manglar, localizado en las cercanías del asentamiento de Las Lapas, sobre la ribera meridional de la laguna de Tacarigua. (Fotografía: Sergio Foghin-Pillin, 30 de mayo de 2011).

Sobre el origen del pueblo de Tacarigua de la Laguna

Según Lisandro Alvarado (1953), la voz indígena “tacariguo” designa a la especie *Ochroma Lagopus* (Bombacáceas) árbol también conocido como balso, el cual “crece en las playas de los ríos de tierra caliente y aparece espontáneamente (...) en desmontes vueltos rastrojeras” (Pittier, 1978, p. 124). Así, su abundancia y amplia dispersión en las tierras bajas explicaría la presencia del fitotónimo Tacarigua en diferentes regiones de Venezuela, registrándose en los estados Carabobo, Miranda, Monagas, Nueva Esparta y Sucre (Dirección de Cartografía Nacional, 1978).

Aunque desde los tiempos coloniales aparecen menciones a la albufera conocida como laguna de Tacarigua (Castillo Lara, 1981, p. 89; Martí, 1998, p. 646), el origen del asentamiento de Tacarigua de la Laguna no ha sido establecido con certeza. Así lo destaca Gutiérrez, quien comenta las diferentes fuentes en las que aparece nombrado el pueblo, sin que quede esclarecida su fecha fundacional. En su disertación, Gutiérrez (p. 288) refuta categóricamente la especie que sostiene la presunta fundación de dicho asentamiento por el obispo Mariano Martí, durante su viaje por aquella región, en el mes febrero de 1784.

Gutiérrez destaca que, a diferencia de otros pueblos barloventeños, los cuales surgieron asociados a explotaciones agrícolas como el cacao, el origen de Tacarigua de la Laguna se encontraría vinculado a la pesca lagunar y sugiere que “siendo la boca de la laguna de Tacarigua lugar estratégico y (...) rico en pesca (...) pudo haber sido asiento de una ranchería de pescadores Tomuzas que, con el tiempo, pasó de temporal a permanente, convirtiéndose luego en un caserío” (p. 271), hipótesis que, a todas luces, parece altamente probable.

Subraya Gutiérrez que la boca de la laguna de Tacarigua fue, desde tiempos prehispánicos, paso obligado de los aborígenes que se desplazaban a lo largo del borde litoral de los actuales estados Miranda y Anzoátegui, y que constituyó una “referencia geográfica en el camino de la costa que comunicaba la provincia de Venezuela con Píritu y Barcelona” (p. 456). En dicha discusión acerca de los posibles orígenes del poblado de Tacarigua de la Laguna, Gutiérrez lamenta que “el obispo Martí, cuando pasó por la boca de la laguna de Tacarigua en 1784, en su viaje a Cúpira, no nos informara si al lado de la boca había algún tipo de población o ranchería indígena” (p. 271).

El obispo Mariano Martí, refiriéndose al trecho entre la desembocadura del Tuy y la población de Cúpira, trayecto efectuado el día 15 de febrero de 1784, apunta: “salimos de la (...) boca del Tuy a las seis y media de la mañana, y caminando siempre por tierra, llegamos a las tres menos cuarto de la tarde a este pueblo de Cúpira, distante doce leguas” (1998, p. 646). Lo que da poco más de nueve horas para un recorrido de unos 66 kilómetros; es decir, unos siete kilómetros por hora, aproximadamente, tiempo bastante ajustado a lo que puede ser el paso normal de cualquier cabalgadura, especialmente tomando en cuenta que las recuas del Obispo solían ir cargadas. Martí agrega información valiosa: “El camino es bueno. Desde que se sale de la boca del Tuy se camina entre el mar y la laguna de Tacarigua” (p. 646).

Andando siempre por tierra, anotó Martí; por buen camino, entre el mar y la laguna. Estas observaciones son de bastante interés, por cuanto no dejan lugar a dudas respecto a que la boca de la laguna de Tacarigua estaba completamente cerrada (seca) para esa fecha, condición por demás esperable considerando que se encontraban en pleno verano y que la sequía podría haber sido muy acusada, debido a que durante el quinquenio 1782-1786 prevalecieron condiciones atmosféricas tipo El Niño (Climate History, 2016; Gergis y Fowler, 2009), las cuales acentúan las características típicas de los meses de estiaje en estas regiones.

El mismo Gutiérrez comenta las contrastantes condiciones que puede experimentar la boca de la Laguna: “Cuando (...) estaba cerrada, no presentaba ningún impedimento, las personas que pasaban por allí apenas si veían, a corta distancia de la orilla del mar, la masa de agua de una albufera”. Por el contrario, en épocas de fuertes lluvias se restablecía la comunicación de la albufera con el mar y si la boca “estaba recién abierta, su caudal era inmenso y su anchura alcanzaba con holgura los doscientos metros” (Gutiérrez, p. 586), situaciones que el referido autor ilustra con sendas fotografías (p. 638).

Así pues, no podía el obispo Martí registrar ninguna observación que tuviera por referencia la boca de la laguna de Tacarigua y aunque hubiese existido algún asentamiento en sus cercanías, no le habría llamado la atención más que otros que pudiese haber encontrado en su larga travesía barloventeña.

El manejo tradicional de la boca de la laguna de Tacarigua: “civilización hidráulica local”, regida por las condiciones hidrometeorológicas

Tal como lo señala Gutiérrez (p. 271; 284-285), la riqueza pesquera de la laguna de Tacarigua es conocida desde los tiempos coloniales. Entre otras fuentes de la época, en el informe del Gobernador de Cumaná, Pedro Brizuela, del año 1655, se da precisa información sobre la explotación de estos recursos naturales por parte de los aborígenes Tomuza, así como de la comunicación de la albufera con el mar, al abrirse o cerrarse el grao bajo la influencia de las condiciones pluviosas:

Tienen muy grandes pesquerías en la costa de la mar y laguna de Tacarigua; esta laguna tiene cuatro leguas de largo y legua y media de ancho; y en las avenidas de los ríos Cúpira y Tuy derraman en ella sus aguas en tiempos de nortes. Abre una boca a la mar con gran ímpetu, por donde desagua, y ella se ceba de pescado (Citado en Castillo Lara, 1981).

Entre los recursos piscícolas de la Laguna destaca el lebranche (*Mugil liza*), especie pescada fundamentalmente de manera artesanal (Suárez y Bethencourt, 2002) (Figura 3), que en la región siempre ha sido objeto de gran demanda y que para Tacarigua de la Laguna constituyó por muchos años la base de su economía, a la vez que un producto distintivo de la cocina local, como lo reseñara Úslar Pietri tras visitar aquella localidad a principios de la década de 1950: “El pueblo vive de la pesca en la albufera. Sacan grandes redadas de lebranche. La tierna

carne blanca se abre como leche sobre las parrillas al fuego (...) De las cocinas viene un vaho de lebranche asado” (1965, p. 65).

La abundancia de este pez ya había sido notada por el obispo Martí, a su paso por aquellas costas en el mes de febrero de 1784:

Desde que se sale de la boca del Tuy se camina entre el mar y la laguna de Tacarigua (...) y allí está aquella gran abundancia de pescado lebranche, y en la (...) boca del Tuy es tanta la abundancia de pescado (...) que me dice don Nicolás de León que lo mataban a veces con palos o machetes (1998, p. 646).

A siglo y medio de la visita del Obispo, muy poco habrían cambiado aquellas pródigas condiciones naturales, para que Gutiérrez anotara: “en los años treinta y cuarenta, cuando la boca de la Laguna estaba muy baja y estrecha, los pescadores tacarigüeños mataban allí lisas y lebranches a palos y machete” (p. 600).



Figura 3. Pescadores en la laguna de Tacarigua. Forma de pesca tradicional, desde pequeños botes, por medio de la red denominada atarraya. Al fondo se observa la ribera meridional de la albufera bordeada de manglares y el frente montañoso conformado por la vertiente norteña de la serranía del Interior. (Fotografía: Williams Méndez Mata, 22 de febrero de 2013).

La existencia de dicha riqueza pesquera y el hecho de que, en épocas de aguas altas, el grado de la albufera representaba un notable obstáculo para los desplazamientos por el cordón litoral, originaron un sistema que implicaba un

primitivo manejo de la laguna, alrededor del cual giraba en gran medida la vida de la comunidad. Al respecto recuerda Gutiérrez:

Como es sabido, la boca de la Laguna tiene su época que está abierta o cerrada. Durante muchos años la boca (...) se abría con instrumentos rudimentarios, se usaban palas y chicurones. En el momento en que el agua de la laguna comenzaba a correr hacia el mar, las personas presentes gritaban alborozadas: ‘¡se fue la boca!’ y corrían hacia el pueblo a dar la noticia (p. 586).

Los numerosos cursos de agua que desembocaban en la albufera de Tacarigua, muchos de ellos desviados para evitar inundaciones o para el trazado de carreteras (González, 1987, p. 36), durante los meses lluviosos aportaban grandes volúmenes de agua dulce a dicho humedal costero, cuyo nivel aumentaba temporalmente, al punto de causar inundaciones en el poblado, como la que reseña Gutiérrez del año 1949 y acompaña con una imagen fotográfica (p. 296). En tales casos, asevera, “abrir la boca (...) era tarea fácil, debido a lo cerca que estaba del mar. Bastaba hacer una zanja (...) para que el agua corriera al mar, con tanta violencia que al poco tiempo alcanzaba una anchura respetable” (p. 586). Cuando la boca estaba recién abierta, prosigue Gutiérrez,

lo más peligroso era la fuerte corriente que generaba esa enorme masa de agua que en violentos remolinos buscaba la salida al mar; tratar de vadearla con bestias de carga o con una ‘punta de ganao’ era sumamente riesgoso. Los canoeros encargados de esa actividad eran muy precavidos (...) las bestias de carga (burros, mulas, caballos) se pasaban (...) recostados de la canoa; pero esta operación no se podía hacer con el ganado, al cual había que ‘echarlo al agua’ (...) Del éxito de esta operación se encargaban los peones y jinetes quienes con largas varas y látigos los obligaban a pasar a nado la boca (p. 586-587)

Por el contrario, “cuando la laguna mermaba su caudal por falta de lluvia, se distanciaba del mar”; en tales ocasiones, “si la sequía se prolongaba la actividad pesquera se reducía al mínimo. En diversas ocasiones la contaminación de la laguna se manifestó por la cantidad de peces muertos que (...) cubrían sus orillas” (p. 586). Cabe comentar que en los casos aludidos en esta cita, el término contaminación posiblemente hace referencia a la salinización excesiva del agua de la albufera, puesto que para aquellos años las posibles fuentes de contaminación antropogénica eran de poca importancia, aunque no pueden descartarse otras causas naturales, como la reducción del oxígeno disuelto en el agua o alteraciones más complejas de la cadena trófica (Gassman y López, 2015; Guerra y Marín, 2002; Lisboa, Barcarolli, Sampaio y Bianchini, 2015).

Por su parte, Uslar Pietri tras su visita a Tacarigua en 1950, señaló como causa de la mortandad de peces la hipersalinización de la Laguna: “A veces, en la época de estiaje, llega a cortarse la comunicación con el mar. Entonces con la evaporación, se intensifica la sal en el agua y empiezan a aboyarse los peces muertos” (1965, p. 65).

Asevera Gutiérrez que “cuando esto sucedía los pescadores trataban de abrir La Boca a como diera lugar” y refiere que “en una carta fechada el 29 de agosto de 1960, Eduarda Alfaro me manifestaba que la situación económica es cada día peor [y que] están abriendo la boca a juro a ver si Dios quiere que corra” (p. 586).

Es importante señalar que, durante el año 1960, bajo los efectos de los episodios de El Niño de los tres años anteriores (Climate History, 2016; Gergis y Fowler, 2009), las condiciones hidrometeorológicas en la región de Tacarigua de la Laguna fueron similares a las que debieron imperar a principios de 1784, durante la ya citada visita del obispo Mariano Martí. Los datos pluviométricos de dicha localidad indican que desde enero hasta agosto de 1960, no se registraron precipitaciones en absoluto. Aquel año el total de lluvia en Tacarigua fue de 430,4 milímetros, valor que representa apenas el 36,7% del promedio anual de la estación (1.172,0 mm) para el lapso 1955-1995. Por añadidura, en Tacarigua de la Laguna el año 1960 fue el cuarto consecutivo con montos de lluvia significativamente por debajo de la media anual (MARN, 1996).

Las referidas sequías severas no fueron las únicas que azotaron Tacarigua a lo largo de su historia. Efectivamente, Gutiérrez reporta una crítica situación en 1941, episodio conocido localmente como “el año de la hambruna” (p. 95), cuando “la pesca en la laguna llegó a ser tan escasa, que no daba ni para la comida, los botes regresaban de la laguna vacíos. Ante esta calamidad, algunas personas se fueron a pescar a la laguna de El Hatillo” (p. 94). Gutiérrez puntualiza que “la mala situación que afrontaron los tacarigüeños en el cuarenta y uno no ha sido la única. Sin embargo, es la más recordada” (p. 99).

Resulta oportuno señalar que también la sequía de 1941 estuvo asociada a condiciones atmosféricas y oceánicas influidas por intensos episodios El Niño (2), activos durante los bienios 1939-1940 y 1941-1942 (Climate History, 2016; Gergis y Fowler, 2009).

Tales situaciones podían ser motivo de migraciones temporales de los pescadores tacarigüeños, quienes se desplazaban hacia la laguna de Píritu-Unare,

también denominada de El Hatillo. “Generalmente esos viajes a oriente se hacían cuando en la laguna de Tacarigua escaseaban los peces y en la laguna de El Hatillo abundaba el lebranche”, señala Gutiérrez (p. 108), circunstancias que también podían ocurrir a la inversa (p. 438). En tales situaciones, el hecho de que bajo un escenario de sequía generalizada -como suele presentarse por efectos de El Niño-, las condiciones de las pesquerías en ambas albuferas pudiesen ser disímiles, apunta a posibles diferencias en el manejo de las dos albuferas, en lo tocante a la intervención de las bocas o a la intensidad de la explotación de los recursos ictícolas lagunares, aspectos de interés en la geohistoria local.

En situaciones ambientales críticas, el manejo de la boca de la albufera podía generar discrepancias entre los lugareños. Cuando la laguna aumentaba su nivel debido a las lluvias y amenazaba con anegar las viviendas, “los pescadores tenían opiniones encontradas: unos decían que era hora de abrir la Boca, otros consideraban que al abrirla los peces se escaparían al mar” (Gutiérrez, p. 585). Para evitar la salida de los peces al mar, el citado autor apunta que “los pescadores de Tacarigua usaron en el pasado cercas de palos de mangle y de alambre (...) cuando la boca estaba abierta para impedir que los peces escaparan al mar”. Según crónica citada por Gutiérrez, tales barreras “tenían sus antecedentes remotos en las cercas de palos que usaban los aborígenes en algunas lagunas de la costa oriental” (p. 599). El topónimo La Cerca, que identifica un asentamiento en la desembocadura del río Unare, presumiblemente tiene ese origen.

Los tacarigüeños se desplazaban hacia oriente no sólo para labores de pesca, sino también con fines comerciales, viajando por la orilla del mar hasta el poblado anzoatiguense de El Hatillo, el cual se hallaba situado a 22 leguas –unos 120 kilómetros- de distancia, sobre la laguna de Unare. Para esos viajes los arrieros utilizaban recuas de mulas y arreos de burros, que había que desenjalmar y volver a enjalmar cuando era necesario pasar la boca de la albufera o las desembocaduras de ríos como el Cúpira y el Chupaquire (Gutiérrez, p. 100-112). Si la boca de la Laguna estaba abierta, recuerda Gutiérrez, había que hacer el mismo penoso trabajo que se hacía para pasar el río Guapo, cuando se viajaba hacia Río Chico, “pero era más peligroso (...), si La Boca estaba cerrada (...) no perdíamos tiempo, rápidamente salíamos a la orilla del mar” (p. 107-108).

En relación con estos aspectos, también merecen citarse las notas de Gutiérrez acerca de los precios del lebranche, comprado en la boca de la laguna, directamente a los pescadores, “cuyo valor oscilaba entre real y medio (0,75) y un bolívar, de acuerdo al tamaño del lebranche” (p. 619). Es relevante destacar que por esos años, a comienzos de la década de 1940, el sueldo de un maestro en

Tacarigua de la Laguna era de ciento cincuenta bolívares (150,00 bs.) mensuales (Gutiérrez, p. 74), datos que resultan del mayor interés al compararlos con los seiscientos mil bolívares (Bs. 600.000,00) el kilogramo de la misma especie, en el año 2020, adquirido también sin intermediarios, a orilla de la laguna (Ismael Pereira Benítez, comunicación personal, año 2020).

Microtoponimia de Tacarigua de la Laguna. Un plano elaborado a mano

La construcción de la carretera que comunica a Tacarigua de Laguna con Río Chico, principal centro poblado de la región para el período que abarca la crónica de Manuel Rafael Gutiérrez, data de 1958. Anteriormente los desplazamientos se efectuaban por el llamado Camino de la Playa. La distancia era de unos quince kilómetros que, a pie o en burro, se recorrían en unas dos horas, como lo recuerda dicho autor (p.88-89; 537).

La puesta en servicio de aquella vía de comunicación “estimuló a mucha gente venida de Caracas o de otros pueblos mirandinos a comprar viviendas (...) para pasar fines de semana o vacaciones”. Como ha ocurrido en muchos otros casos, el crecimiento de Tacarigua no fue planificado, lo que trajo como consecuencia la pérdida “de los espacios urbanos que la comunidad había conservado para la recreación y su esparcimiento” (Gutiérrez, p. 202).

Del mismo modo, la expansión desordenada del pueblo hacia el sur y hacia el oeste, ocupó los ejidos de Belén y de Guarapero, este último predio afectado también por el decreto del Parque Nacional Laguna de Tacarigua, en 1974. Agrega Gutiérrez que “con la pérdida de estos espacios comunales, el pueblo quedó sin sus sabanas”, desapareciendo así la “antigua función como lugar de pastoreo comunal, de agricultura conuquera y recolección de leña” (p. 86-87).

Durante años este autor se dedicó a investigar y documentar minuciosamente el trazado urbano de su pueblo, tal como lo conoció aproximadamente entre 1935 y 1955, anotando las denominaciones de sitios que se hallaban integrados al área urbana y suburbana de Tacarigua de la Laguna y a los cuales se les daba diversos usos, tanto particulares como públicos. De este modo, en diferentes capítulos de su libro, Gutiérrez registra un conjunto de microtopónimos de notable valor geohistórico, dado que muchos de ellos tuvieron su origen en la dinámica geográfica local, a través de largos períodos de ocupación humana, si bien no aparecen asentados en los mapas topográficos ni en las plataformas cartográficas electrónicas actualmente disponibles.

Algunos de los microtopónimos registrados por Gutiérrez tuvieron su origen en ciertos rasgos geomorfológicos descollantes del paisaje y otros en las actividades más comunes practicadas por los tacariguëños. Entre los primeros se encuentra La Boca, es decir el grao de la laguna de Tacarigua, referencia fundamental inclusive a nivel regional, nombre que este autor escribe por lo general con iniciales mayúsculas, dándole rango de topónimo al igual que a La Boquita, un antiguo grao de la albufera que se encontraba hacia el oeste del pueblo, en la vía hacia Puerto Tuy y Río Chico, del cual pueden observarse vestigios en las imágenes satelitales (Google Maps). Análogamente, las características batimétricas del grao de la albufera aportaron el microtopónimo La Poza, lugar situado en el lado oriental de la boca, el cual, “debido a su profundidad, cercana a los seis metros, era frecuentado por peces de aguas profundas como pargos, dormilonas, guasas y otros” (Gutiérrez, p. 597).

Los quehaceres rurales también generaron denominaciones, como el Paso de los Burros, un sendero transitable durante los meses de estiaje, que permitía el acceso hacia los ejidos de Belén y de Guarapero, separados del pueblo por el Caño de la Cerca (Gutiérrez, p. 77), denominación probablemente originada en la antigua práctica de obstaculizar con empalizadas la salida de los lebranches hacia el mar, como ya se ha mencionado. En las áreas inundables de Belén, “en los veranos fuertes afloraba (...) el salitre, formándose una especie de salineta que la gente llamaba la ‘Salineta de Belén’” (p. 78).

En las sabanas de Guarapero algunos tacariguëños practicaban estacionalmente cultivos de subsistencia. Como ejemplo, Gutiérrez precisa que “el conuco de Saturnino Carrión quedaba en lo que ahora los tacariguëños llaman ‘La Vuelta de Carrión’, en la carretera que une a Tacarigua con Río Chico” (p. 79). Este microtopónimo todavía está presente en las referencias orales de aquellas localidades barloventeñas (Ismael Pereira Benítez, comunicación personal, año 2020).

Hasta mediados de la década de 1950, el poblado de Tacarigua de la Laguna se extendía aproximadamente a lo largo de un kilómetro, sobre el cordón de la albufera al oeste del grao, con una orientación general sureste – noroeste (Figura 5), situación que dio origen a las dos principales referencias locales: “arriba” y “abajo”, respectivamente los sectores este y oeste del pueblo. “La línea imaginaria para esta división eran ‘Las cuatro esquinas’ (...) no había ningún señalamiento de desnivel social o económico (...) era más bien una cuestión de ubicación geográfica usada desde hacía mucho tiempo”, señala Gutiérrez (p. 203). Tal sectorización también daba

base para dos gentilicios locales: “arribeños” y “abajeros”, acerca de los cuales el autor asegura que tenían diferentes rasgos de carácter (p. 218; 305).

Gutiérrez incluyó una fotografía aérea de Tacarigua de la Laguna, tomada por la Dirección de Cartografía Nacional en 1936, al pie de la cual anotó: “Se aprecian perfectamente cuatro calles longitudinales de norte a sur: Calle La Playa, Calle Principal, Calle El Carmen y Calle El Calvario. Este esquema urbano permaneció inalterable por muchos años” (p. 290). Las cuatro calles, orientadas en el mismo sentido que el cordón litoral de la albufera, así como varias transversales que las intersecaban en ángulo recto, conjuntamente con cada uno de los 140 inmuebles que ocupaban las diferentes manzanas, fueron dibujadas a mano alzada por Manuel Rafael Gutiérrez, en un plano cuyo nivel de detalle es prácticamente catastral (Figura 4), por cuanto se identifican cada una de las viviendas familiares, así como las pulperías, botiquines y galleras, con sus respectivos propietarios, capilla, plaza, sitios de juegos y esparcimientos, corral comunal y cementerio.

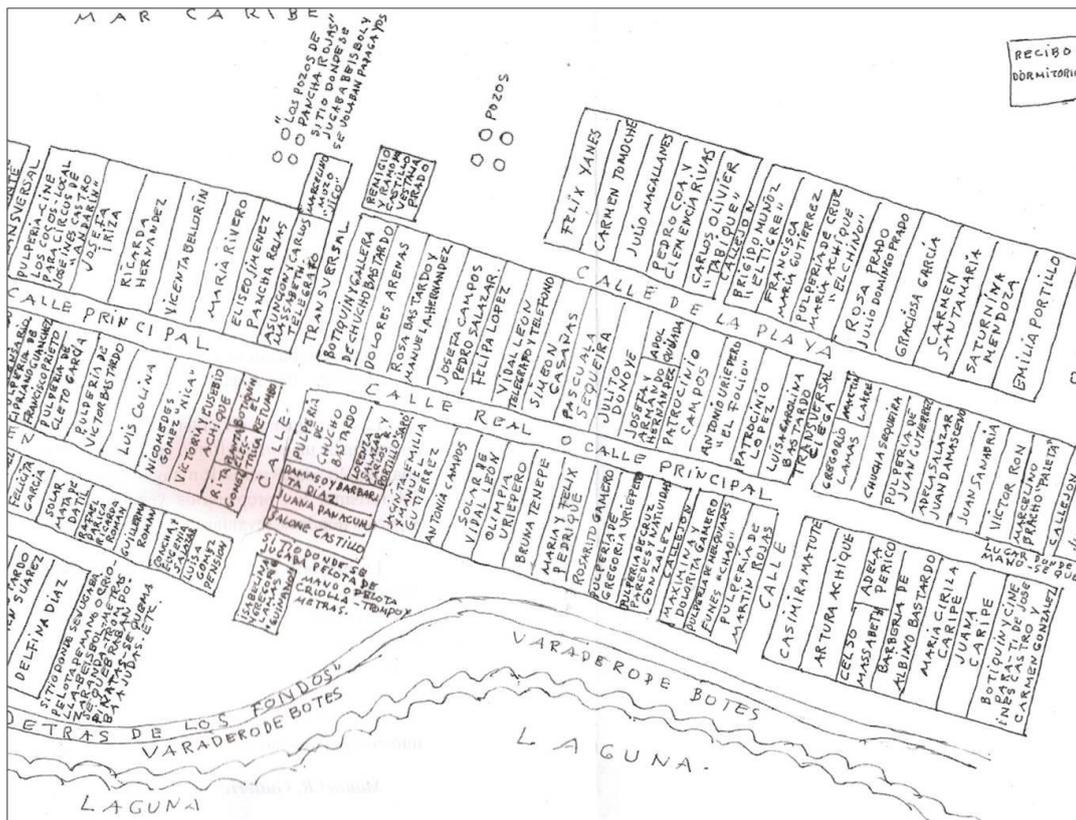


Figura 4. Segmento del plano de Tacarigua de la Laguna encartado al final del libro de Manuel Rafael Gutiérrez (2007), dibujado a mano alzada por el autor.

En el plano levantado por Gutiérrez se representan así mismo las áreas en las que se excavaban pozos someros, denominados también jagüeyes (Úslar Pietri, 1965, p. 65), de los cuales la población extraía el agua dulce para su consumo, agua procedente de las precipitaciones que se acumulaba en la arena por infiltración, a poca profundidad. Estos pozos, dice Gutiérrez, “se abrían casi a diario, porque el agua que manaba dulce al comienzo se tornaba al poco tiempo salobre” (p. 259). De acuerdo al sector donde se ubicaban, los jagüeyes también originaron varios microtopónimos: Pozos de Arriba, Pozos de Abajo y Los Pozos de Pancha Rojas.

Además de las cuatro calles nombradas, en el plano de Gutiérrez aparece representada una franja de tierra que se extendía al sur del pueblo, bordeando la laguna (Figuras 4 y 5). Refiere el autor que este espacio “servía de varadero de los botes de los pescadores, pero también hacía el papel de camino (...) Los tacarigües llamaron a esta franja de terreno ‘detrás de los fondos’” (p. 481).

En la siguiente nota de Gutiérrez se evidencian los particulares usos de algunos de estos espacios, que atestiguan, al igual que los antes comentados, “la singularidad de los procesos sociales locales, la habilidad de las personas para adaptarse y responder, de manera creativa y diversa, a las vicisitudes que ayer, hoy y siempre han estado presentes en sus terruños y en sus vidas” (Arias, 2006, p. 186):

El tramo final de la Calle Principal en su lado occidental (...) era llamado ‘La Calle de la Bosta’, debido a que algunas reses que deambulaban por las noches dejaban allí sus excrementos, estos eran recogidos por los habitantes del sector para usarlos como repelente de la plaga (Gutiérrez, p. 234).

Como en muchos otros pueblos venezolanos, las condiciones impuestas por el medio ambiente y las circunstancias socio-históricas, en conjunción con la capacidad de adaptación de los habitantes, fueron los principales factores que dieron origen a la microtoponimia, patrimonio que, en el caso de Tacarigua de la Laguna, el libro de Manuel Rafael Gutiérrez transmite a las nuevas generaciones de tacarigües, quienes, en palabras del autor, “desconocen la oscuridad total y el silencio absoluto” (p. 63), así como a todos los estudiosos de las condiciones geográficas e históricas a escala local.

Según aseveró el célebre antropólogo José María Cruxent (citado en Cabrero, 2009), “Todo producto elaborado a mano por el Hombre está impregnado de espíritu y tiene alma”. El dibujo a mano alzada se realiza sin ayuda de instrumentos, aparte

del lápiz u otro objeto similar; es pues un dibujo elaborado a mano, como el plano de Tacarigua de la Laguna que trazó Manuel Rafael Gutiérrez.



Figura 5. Imagen satelital de Tacarigua de La Laguna. El recuadro rojo indica aproximadamente la extensión que ocupaba el asentamiento hasta mediados de la década de 1950. Se observa el grao de la albufera (boca) orientado hacia el NNW. Hacia el sur del viejo poblado se aprecian los desarrollos urbanísticos posteriores, localizados sobre terrenos inundables, lo que aumenta su vulnerabilidad ante eventos hidrometeorológicos extraordinarios (Gutiérrez, 2007, p. 93-94) y la posible elevación del nivel del mar por efectos del calentamiento global. (Fuente: Google Venezuela, 2020).

Conclusión

Al inicio de la obra que se ha comentado en el presente artículo, su autor asentó la siguiente reflexión:

Publicar unas memorias o recuerdos tiene sus riesgos; interesar al lector sobre cuestiones que sólo atañen a nosotros mismos, abrumarlos sobre cosas que creemos importantes, resulta a veces una ingenuidad. Para interesar al lector en este tipo de relatos, es necesario tener cosas importantes que contar y si no, hacerlas interesantes con el recurso del estilo (...) Por nuestra parte, no tenemos esas pretensiones (p. 18)

Aun sin esas pretensiones, Gutiérrez logró reunir y exponer, de manera por demás interesante y didáctica, abundante información sobre los más variados aspectos atinentes al pueblo de Tacarigua de la Laguna, con énfasis en sus propias vivencias durante los años de infancia y temprana juventud, transcurridos en su pueblo natal. En dicho trabajo, Gutiérrez dedicó numerosas páginas a describir los aspectos históricos y geográficos de Tacarigua de la Laguna y de los asentamientos con los cuales el poblado litoral mirandino había establecido vínculos comerciales, laborales y culturales.

El conjunto de topónimos y microtopónimos recopilados por Gutiérrez en la región de Tacarigua de la Laguna, constituye un valioso aporte por cuanto contribuye a conservar un patrimonio histórico y lingüístico en riesgo de perderse, como consecuencia de los drásticos cambios de las condiciones socio-económicas y de la gradual desaparición de los modos de vida tradicionales. Estos cambios se evidencian también por la aparición de nuevos topónimos, en ciertos casos derivados de la irrupción del turismo, como Club Miami, en el cordón de la albufera (DCN, 1974) y Túnel del Amor (Malaver *et al*, 2014, p. 121), en la propia laguna de Tacarigua.

El trabajo de Gutiérrez también permite comprobar que algunos poblados se han consolidado, conservando su denominación original, tal es el caso de Las Lapas, ubicado en la ribera sur de la albufera, “localidad que estaba surgiendo a orillas de la laguna de Tacarigua” (p. 99), a comienzos de la década de 1940.

Por otra parte, la revisión de este libro a la luz de las fuentes históricas y de los registros climatológicos disponibles, permite concluir que el régimen hidrometeorológico de la albufera de Tacarigua, así como el manejo de la Laguna por parte de los pobladores -suerte de particular administración ambiental-, fueron importantes factores condicionantes de las actividades y oficios que se desarrollaban en aquellas tierras litorales de Barlovento, así como de los desplazamientos temporales de sus pobladores a lo largo de las costas de los estados Miranda y Anzoátegui, y del consiguiente intercambio cultural.

Lo expuesto por Manuel Rafael Gutiérrez sobre Tacarigua de la Laguna, ofrece un claro ejemplo del “nido” que asoma “a orilla propia”, en los términos como Kaldone G. Nweihed (1990, p. 361) interpretara un apotegma del filósofo catalán Eugenio D’Ors. El libro de Gutiérrez también podría inscribirse en el amplio marco de los estudios microhistóricos, concebidos como “una manera válida y eficaz de entender las permanencias, pero también las transiciones y transformaciones sociales”, como lo conceptuara González y González (citado en Arias, 2006).

La lectura de la obra de Gutiérrez pone en evidencia que la laguna de Tacarigua fue el *Mare Nostrum* de los lugareños de la época. Pequeño mundo acuático con su peculiar geografía, con su no muy bien conocida historia; espacio en el cual se sentían profundamente arraigados, junto al mar Caribe que, a poca distancia, les infundía recelo (Gutiérrez, p. 92), a la vez que los comunicaba con el mundo exterior, mientras que la Laguna los acogía, los alimentaba y los enlazaba con las poblaciones comarcanas.

Al tiempo de su vuelta, pese a los cambios que pudo observar en el ámbito urbano, al autor de aquel plano de Tacarigua, elaborado a mano, el mar y la Laguna le parecieron los mismos de su juventud. Ya no lo eran, desde luego, pero ahora, sólo cuatro lustros más tarde, se sabe que el entorno lagunar enfrenta riesgos más graves que el avance del manglar sobre la superficie acuática o que el cegado de sus afluentes y la aparición de deltas adventicios.

En efecto, el aumento del nivel del mar causado por el calentamiento global, representa a mediano y largo plazo el mayor peligro para todos los humedales costeros del orbe, entre ellos la laguna de Tacarigua (Lynas, 2004; Naveda, 2010; Olivo, Martín, Sáez-Sáez y Soto, 2011). Al lado de las antiguas correlaciones del mar-recurso, el mar-puente y el mar-puerto, distinguidas por Kaldone G. Nweihed (1973), surge la categoría del mar-amenaza, que deberá ser arrostrada en el amplio y complejo marco de la gestión de riesgos, cruzada que necesariamente deberá partir de cada “orilla propia” y en la cual la Educación Ambiental representa uno de los baluartes fundamentales.

Así, la vigencia del mar, sobre la cual disertara extensamente Nweihed, tendrá necesariamente que suscribirse y ratificarse a partir de los mares locales, los múltiples *Mare Nostrum* que integran el mar patrimonial venezolano. Esa vigencia estará indisolublemente vinculada a la sostenibilidad de los valiosos recursos de esos ambientes -marinos y marítimos-, como los que conforman la laguna de Tacarigua y Tacarigua de la Laguna, el binomio geográfico objeto de los afanes de Manuel Rafael Gutiérrez, que en 2007 se transformaron en libro. La “pequeña historia” que cuenta Gutiérrez es una gran contribución para que su diminuto *Mare Nostrum* pueda pervivir a través de las páginas de *Tacarigua de la Laguna en el Recuerdo. Rasgos biográficos de una comunidad de pescadores*.

El profesor Gutiérrez falleció poco antes de que su libro se editara. No pudo hacer reescritura, ni revisar pruebas. No hubo tiempo para lo que se denomina corrección de estilo. Esos ajustes quedarán pendientes para siempre. Pero su falta

no resta ningún valor a este libro que la Universidad Pedagógica Experimental Libertador, hace ya trece años, tuvo el acierto de publicar y que constituye una de las obras más valiosas que ha entregado al acervo cultural y educativo venezolano la UPEL, primera casa de formación docente del país, que tuvo el privilegio de contar en su claustro académico al esclarecido tacarigüense Manuel Rafael Gutiérrez.

Notas:

- (1) Por cuanto este libro es la única obra de Manuel Rafael Gutiérrez que se refiere en el presente artículo, se omitirá el año de publicación (2007) en todas las citas que siguen.
- (2) En el caso del fenómeno oceánico-atmosférico conocido actualmente como La Niña, las condiciones pluviométricas suelen ser opuestas, como las que se presentaron en 1814 (Gergis y Fowler, 2009, p. 369), durante la migración a Oriente, cuando la travesía de la boca de la laguna Tacarigua se dificultó debido al desbordamiento de la albufera, tal como lo registró el historiador Vicente Lecuna (1960, p. 279).

Referencias

- Alvarado, L. (1953). *Glosario de voces indígenas de Venezuela*. Caracas: Ministerio de Educación.
- Arias, P. (2006). Luis González. Microhistoria e historia regional. *Desacatos*, 21, 177-186. Recuperado de <http://www.scielo.org.mx/pdf/desacatos/n21/n21a12.pdf>.
- Bezada, M. (2010). *Evolución geomorfológica y sedimentológica de la laguna de Tacarigua*. Simposio Humedal Laguna de Tacarigua. Trabajo presentado en: V Jornada de Investigación Instituto de Zoología y Ecología Tropical, Facultad de Ciencias, UCV, Caracas, mayo 2010.
- Bezada, M. (2012). *Evolución paleoambiental del área de humedales de la cuenca de Barlovento, desde el Último Máximo Glacial hasta el presente*. Trabajo presentado en: VI Jornada de Investigación Instituto de Zoología y Ecología Tropical, Facultad de Ciencias, UCV, Caracas, mayo 2012.
- Cabrero, F. (2009). *José María Cruxent. El espíritu de la materia*. Caracas: Ediciones IVIC.
- Castillo Lara, L. G. (1981). *Apuntes para la historia colonial de Barlovento*. Caracas: Academia Nacional de la Historia.
- Climate History. (2016). *Historical El Niño Events*. Recuperado de <https://sites.google.com/site/medievalwarmperiod/Home/historic-el-nino-events>.
- Codazzi, A. 1940. *Resumen de la Geografía de Venezuela*. Tomo 1. Caracas: Ministerio de Educación.

-
- Dirección de Cartografía Nacional-DCN. (1974). *Río Chico*. Mapa topográfico 1:100.000. Hoja No. 7046. Caracas: Dirección de Cartografía Nacional.
- Dirección de Cartografía Nacional-DCN. (1978). *Gacetilla de Nombres Geográficos*. Caracas: Ministerio del Ambiente y de los Recursos Naturales Renovables.
- Gassman, J. P. & López R., H. (2015). Variación de la abundancia de los recursos pesqueros en el Parque Nacional Laguna de Tacarigua, Venezuela. *Acta Biologica Venezuelica*, 35(1): 11-25. Recuperado de https://www.researchgate.net/profile/Juan_Gassman/publication/303519771_Variacion_de_la_abundancia_de_los_recursos_pesqueros_en_el_Parque_Nacional_Laguna_de_Tacarigua_Venezuela/links/574615d208ae9ace84243771.pdf.
- Gergis, J. L. & Fowler, A. M. (2009). A history of ENSO events since A.D. 1525: implications for future climate change. *Climatic Change*, 92: 343-387. Recuperado de <https://link.springer.com/article/10.1007/s10584-008-9476-z>.
- Goldbrunner, A. W. (1984). *Atlas climatológico de Venezuela 1951-1970*. Maracay: Servicio de Meteorología de la Fuerza Aérea Venezolana.
- González, C. (1987). *Las tierras de Barlovento del Edo. Miranda. Estudio jurídico-parcelario*. Caracas: Instituto Venezolano de Catastro.
- Google Venezuela. (2020). *Vista satelital de Tacarigua de la Laguna*. Recuperado de <https://www.google.com/maps/@10.3064729,65.8850093,1432m/data=!3m1!1e3?hl=es>.
- Guerra, A. & Marín, G. (2002). Algunos aspectos biológicos y pesqueros del lebranche (*Mugil liza*) en la laguna de Unare, estado Anzoátegui, Venezuela. *Zootecnia Tropical*, 20(3): 287-305. Recuperado de <https://tspace.library.utoronto.ca/html/1807/20301/zt02019.html>.
- Gutiérrez, M. R. (2007). *Tacarigua de la Laguna en el recuerdo. Rasgos biográficos de una comunidad de pescadores, 1935-1955*. Caracas: Universidad Pedagógica Experimental Libertador.
- Landaeta, L. (2014). *Modelado de la distribución espacial y temporal de las precipitaciones en el estado Miranda, Venezuela, a partir de técnicas geoestadísticas*. (Trabajo de grado de maestría). Universidad Pedagógica Experimental Libertador, Instituto Pedagógico de Caracas.
- Lecuna, V. (1960). *Crónica razonada de las guerras de Bolívar*. Nueva York: Ediciones de la Fundación Vicente Lecuna.
- Lisboa, V., Barcarolli, I. F., Sampaio, L. A. & Bianchini, A. (2015). Effect of salinity on survival, growth and biochemical parameters in juvenile Lebranch mullet *Mugil liza* (Perciformes: Mugilidae). *Neotropical Ichthyology*, 13(2): 447-452. Recuperado de <https://www.scielo.br/pdf/ni/v13n2/1679-6225-ni-13-02-00447.pdf>.
- Luengo, M. T. (2010, septiembre 6). Aguaceros en Zulia dejan un muerto y dos heridos por rayo. *El Universal*, p. 1-6.
- Lynas, M. (2004). *Marea Alta. Noticias de un mundo que se calienta y cómo nos afectan los cambios climáticos*. Barcelona: RBA Libros.
-

-
- Malaver, N., Rodríguez, M., Montero, R., Aguilar, V. H. & Salas, M. (2014). Cambios espaciales y temporales en las características físicoquímicas y microbiológicas del agua de la laguna de Tacarigua, estado Miranda, Venezuela. *Acta Biologica Venezuelica*, 34(1), 117-151. Recuperado de https://www.researchgate.net/profile/Nora_Malaver2/publication/292158297.pdf.
- Ministerio del Ambiente y de los Recursos Naturales-MARN. (1996). *Datos mensuales de precipitación. Estado Miranda*. Sistema Nacional de Información Hidrológica y Meteorológica. Base de datos digital.
- Martí, M. (1998). *Documentos relativos a su visita pastoral de la Diócesis de Caracas*. Tomo 2. Caracas: Academia Nacional de la Historia.
- Méndez, W., Suárez, C. & Iztúriz, A. (1998). Sedimentación del borde suroccidental de la laguna de Tacarigua, por avance deltaico del río Guapo, estado Miranda, Venezuela. *Revista de Investigación*, 42, 37-49. Recuperado de https://www.researchgate.net/profile/Williams_Mendez_Mata/publication/266146182_Sedimentacion_del_borde_suroccidental_de_la_laguna_de_Tacarigua_por_avance_deltaico_del_rio_Guapo_estado_Miranda_Venezuela/links/545ffd340cf295b56161cba8.pdf.
- Naveda, J A. (2010). Variación en el nivel del mar como consecuencia del cambio climático global: una evaluación de la costa venezolana. *Temas de Coyuntura*, 61, 63-87. Recuperado de <http://revistasenlinea.saber.ucab.edu.ve/temas/index.php>.
- Noriega, N. (2010, septiembre 27). Un rayo acabó con la vida de tres personas e hirió a otras tres. *El Universal*, p. 3-10.
- Nweihed, K. G. (1973). *La vigencia del mar. Una investigación acerca de la soberanía marítima y la plataforma continental de Venezuela dentro del marco internacional del Derecho del Mar*. T1. Caracas: Equinoccio.
- Nweihed, K. G. (1990). *Frontera y Límite en su Marco Mundial. Una aproximación a la "fronterología"*. Caracas: Instituto de Altos Estudios de América Latina/Editorial Equinoccio, Universidad Simón Bolívar.
- Olivo, M. de L., Martín, A., Sáez-Sáez, V. & Soto, A. (2011). Vulnerabilidad al incremento del nivel del mar: pérdida de tierra en el área Cabo Codera-Laguna de Tacarigua, estado Miranda, Venezuela. *Terra*, 27(41), 125-145. Recuperado de <https://www.redalyc.org/pdf/721/72119117006.pdf>.
- Pittier, H. (1978). *Manual de las plantas usuales de Venezuela*. Caracas: Fundación Eugenio Mendoza.
- Rodríguez A. R. (Comp.) (1999). *Conservación de humedales en Venezuela. Inventario, diagnóstico ambiental y estrategia*. Caracas: Fundación Polar/Provita/Junta de Andalucía/UICN.
- Sequera T. de S., I. (1976). *Estudio geoeconómico de la región de Barlovento*. Caracas: Gobernación del Estado Miranda.

-
- Suárez, C. (2016). Uso y abuso de las lagunas costeras venezolanas. *Revista de Investigación*, 40(87), 63-94. Recuperado de <https://www.redalyc.org/pdf/3761/376146819005.pdf>.
- Suárez, M. M. & Bethencourt, C. (2002). *La pesca artesanal en la costa Caribe de Venezuela*. Caracas: Fundación Bigott.
- Úslar Pietri, A. (1965). *Tierra Venezolana*. Caracas: Ministerio de Educación.
- Vila, P. (1960). *Geografía de Venezuela. El territorio nacional y su ambiente físico*. Caracas: Ministerio de Educación.

Agradecimientos: se agradece la valiosa colaboración de Ismael Pereira Benítez, Williams Méndez Mata, Marlene Arteaga Quintero, Ana Teresa Iztúriz Moreau, Carlos Suárez Ruiz, Yhersy Méndez, Dalmiro Guerra, Ventura Gil Aguilera y Arturo Mujica.